

Índice

A Consuelo Ruiz Vélez-Frías, en justo homenaje.	9
Consuelo, revolucionaria	11
Descubriendo a Consuelo.	15
Al lado de Consuelo Ruiz.	19
Capítulo 1. Confesiones sinceras	23
Capítulo 2. Un poco de historia	35
Capítulo 3. Lo lógico y lo ilógico	47
Capítulo 4. Carta abierta al obstetra del siglo XXI	55
Capítulo 5. Los enemigos del parto en casa	61
Capítulo 6. ¿Qué es la psicoprofilaxis?	69
Capítulo 7. Sin miedo y con amor. Consuelo ejerciendo. Testimonios	73
Capítulo 8. Recapitulando: ¿En qué me he equivocado?	201
Capítulo 9. Consuelo, poetisa	215

A Consuelo Ruiz Vélez-Frías, en justo homenaje

M. Àngels Claramunt Armengau

Se definía como un quijote luchando contra los molinos de viento. Era una mujer bajita y delgada, de ojos vivarachos y voz aguda. No tuve la suerte de conocerla personalmente, pero me llegaron noticias suyas pocas semanas antes de su muerte. De la mano de Emilio y Natalène, sus acompañantes en sus últimos años, sus discípulos, conocí a este portento de mujer. Me interesó todo de ella, y este interés ha ido en aumento sin cesar a medida que iba conociendo más detalles de su vida, de su legado.

Su máxima era apelar a la inteligencia. Ella se declaraba feminista «en el buen sentido de la palabra». Denunciaba a menudo el trato vejatorio que recibían las embarazadas: estire la pierna, muévase hacia aquí, hacia allá..., sin darles explicaciones, como si fueran un perrito, ejemplificaba Consuelo. Extremadamente clara y didáctica.

No se cansó nunca de clamar por el derecho que merecen las mujeres de recibir explicaciones, de tomar la responsabilidad de su propio parto, que nadie decida por ellas. Su objetivo principal en la preparación al parto era que las mujeres salieran sabiendo más de lo que sabían y con sentido de la responsabilidad en ese maravilloso proceso.

Es justo y necesario que se la conozca, que sus escritos salgan a la luz, sus palabras. Sus enseñanzas son absolutamente vigentes. Todo lo

que denuncia es lastimosamente actual, todo lo que explica de un modo tan didáctico, absolutamente necesario aún.

Consuelo me cautivó tanto por lo que escribía como por cómo lo hacía: su estilo claro y directo, sus comparaciones extremas, ilustrativas, su ironía, sus ejemplos; tan fuera de lo común; su gracia para la poesía, su extensa cultura. Fue una mujer lúcida; una mujer sabia a la que le tocó vivir en una época de dureza extrema y, aun así, se dedicó en cuerpo y alma a los demás; a mejorar la vida reproductiva de la mujer, a abrírnos los ojos.

Mis criterios de edición han sido ordenar los escritos de manera que resultaran amenos y que el/la lector/a mantuviera el interés por cómo transcurrieron los avatares de su vida y de la vida del país; hay datos históricos valiosísimos en sus papeles, también he pretendido respetar al máximo la versión original de la autora, haciéndome ver, como editora del texto, lo menos posible.

Espero y deseo que este merecido homenaje sea una contribución más a reconocimientos futuros. Consuelo Ruiz Vélez-Frías debe figurar entre los más grandes nombres de la obstetricia de este país.

M. Àngels Claramunt Armengau es profesora de Lengua Catalana, escritora, miembro del Grupo de Apoyo a la Lactancia ALLETA, cofundadora del foro Superando un aborto y doula. Ha recopilado, corregido y ordenado los textos de Consuelo que aquí se publican.

Consuelo, revolucionaria

Emilio Santos Leal

Estaba yo sentado en décima fila, excitado sin tregua en aquel congreso único, el congreso que más he disfrutado de toda mi vida. Acababa de hablar una ponente tremendamente interesante, tan interesante y tan emotiva como todos los anteriores; estábamos todos aplaudiendo desahoradamente e iba a empezar el turno de coloquio. ¿Iba a empezar? No.

Había empezado ya, pero no abierto, como se esperaba, por la moderadora, sino abierto de forma espontánea por aquella vieja refunfuñona que se había levantado de su silla de ruedas para hablar apasionadamente contra la ponente.

Entre los aplausos a la ponente iba emergiendo paulatinamente su voz. Y los aplausos se iban apagando. Con una debilidad física aparentemente severa, pero con una energía verbal arrolladora, se puso a despotricar contra la maravillosa ponente; y de paso contra todos aquellos profesionales que estábamos allí tan unidos, tan camaradas.

Sabíamos todos que estábamos en el camino. En ese congreso nos habíamos descubierto los unos a los otros, así lo sentía yo. Claro que... yo lo sentía diferente a aquellos profesionales que llevaban ya tantos años luchando por esta causa. Estábamos todos emocionados por las cosas que se estaban diciendo. Todos sin excepción estábamos con las lágri-

mas a punto de correr en todas y cada una de las conferencias. Era tan verdadero lo que allí se estaba diciendo..., era tan opuesto a lo que piensa la medicina..., era tan opuesto a lo que piensa la mayoría de la gente..., y los allí presentes lo veíamos tan obvio... que nos sentíamos todos en una complicidad única, creyéndonos que de allí saldría algo muy importante que iba a cambiar el mundo.

Y, sin embargo, ante una charla tan bonita, tan profunda y tan sincera que acababa de pronunciar aquella matrona..., aquella vieja gritona, que pensaba como nosotros y que era de las nuestras..., estaba gritando contra la ponente, y estaba gritando contra todos nosotros.

Pues bien, los profesionales que estábamos allí éramos los héroes y heroínas que contra un sistema adverso dedicaban su vida a la causa de poner las condiciones para que las mujeres pudieran parir con dignidad, con placer, con confianza..., sin medicalización, y los profesionales que aunque aún no hacíamos nada profesionalmente en ese sentido, compartíamos la causa y que en ese momento estábamos tomando la firme decisión de que nos íbamos a dedicar a ello a partir de ese momento.

En ese congreso había también madres y algún padre que contaron sus bellas experiencias de partos respetados y de crianzas libres. Había también algunas madres que contaban la frustración de sus dolorosas experiencias hospitalarias.

Se trataba del I Congreso de la Asociación Nacer en Casa, que tenía lugar en Jerez de la Frontera. Era otoño del año 2000. Una amiga mía, matrona, Cristina, de Valencia, donde yo me encontraba terminando mi especialidad de Psiquiatría, me había informado de que existía ese congreso. Yo me había quedado impresionado cuando vi el programa e inmediatamente me matriculé.

Allí conocí a los maestros del parto respetado y a defensores de la mujer: Montse Catalán, Jesús Sanz, Ángeles Pérez, Isabel Villena, Maité Gómez, Mercedes Serrano, Casilda Rodríguez... Y conocí también a sabios extranjeros: Beatriz Smulders, Michel Odent, Mardsen Wagner... Todos me impresionaban con sus ponencias brillantes.

Y aquella vieja, fuera de programa, nos estaba echando una bronca. Se puso a gritar que lo que allí se decía era muy bonito, pero que no había derecho a que una mujer tuviera que pagar dinero por ello. Parecía que se iba a caer muerta en cualquier momento de la conversación. Parecía que estaba dando su vida para dar aquel mensaje. A nosotros, que nos considerábamos los buenos, los sabios, los revolucionarios, los héroes..., nos estaba echando la regañina propia que sólo una mujer de su autoridad ganada se podía permitir.

Nos estaba diciendo también que la que pare es la mujer y no el profesional, por muy defensor del parto natural que sea. Nos estaba diciendo que muchos profesionales del parto en casa van y en la casa quieren realizar los mismos juegos de intervencionismo que se hacen en el hospital. Nos estaba echando una bronca tremenda a muchos de los que estábamos allí.

La moderadora de la mesa estaba nerviosa y no sabía cómo parar aquel carro arrollador que iba sin freno. Le decía: «Sí, Consuelo, si tienes razón, pero tranquila. Calla Consuelo. Pero Consuelo, que tú hablarás mañana en tu ponencia, tendrás tu turno para hablar. Consuelo, que te queremos y que por eso eres la presidenta de nuestra asociación... pero calla ya». Y aquella vieja no callaba.

Consuelo había ido allí a hablar. Natalène Suanzes la llevaba en la silla de ruedas y permitió durante aquellos años que Consuelo pudiera seguir haciendo lo que Consuelo más quería hacer en esta vida: hablar.

Después sería yo el que tomara el relevo de Natalène en el cuidado de aquella vieja: en 2003 fui a Madrid y comencé la especialidad como médico de ginecología.

La gente pensaba que yo era muy buena persona porque me hacía cargo de Consuelo. No era así: Consuelo y yo teníamos una relación de socios. Consuelo había participado en la guerra civil española y Consuelo entendía la vida en términos pragmáticos y en términos de lucha. Consuelo defendía la feminidad de la mujer, pero su vida era una lucha por un ideal y se expresaba en términos de guerra: como los hombres.

Y aunque mi carácter no es beligerante, sino, por el contrario, conciliador, yo entendía muy bien su lenguaje. Yo sabía que bajo aquella actitud exigente había una persona que necesitaba amor. Pero así y todo, Consuelo y yo, más que amigos, éramos socios en una empresa. La empresa tenía por objeto ayudar a tener un parto disfrutado a aquellas mujeres que así lo quisieran. Consuelo hacía la preparación psicoprofílica del parto, en su casa, muy bien estructurada en siete sesiones. A Consuelo era a quien llamaba la embarazada cada vez que tenía una duda sobre vómitos o dolor. Y a Consuelo era a quien llamaba la embarazada cuando se ponía de parto: el marido de la parturienta iba a buscarla y, con la silla de ruedas en el maletero, llevaba a Consuelo al barrio de Argüelles o al de Mirasierra o al Escorial o a Valdemorillo. A cualquier rincón de la comunidad de Madrid. Si la parturienta estaba en Sevilla, Consuelo aportaba su sabiduría en una asistencia al parto por teléfono.

A mí me llamaba Consuelo cuando la parturienta entraba en una fase del parto en la que Consuelo pensaba que podían hacer falta unas manos. Y ésa era toda mi aportación. Bueno, sí, yo aportaba también el título de médico a nuestra empresa. Consuelo me enseñó mucho en esos años. Sin duda, a Consuelo debo (porque no creo en la suerte) la satisfacción de que ninguno de los partos que atendí con ella en casa ni ninguno de los partos que atendí después de haber ella muerto, acabó en cesárea. Porque Consuelo me enseñó muy bien quiénes son «los cuatro enemigos del parto». Me enseñó, con la ciencia en la mano, cómo reconocer a cada enemigo y cómo matarlo.

Emilio Santos Leal es médico psiquiatra y ginecólogo.